dad lo que el conquistador veia, sino la obra de la *carta*: él habia dejado la Francia muda y prosternada, y ahora la encontraba hablando y en pié: en la candidez de su ánimo absoluto, tomaba la libertad por el desórden.

Y sin embargo, Bonaparte se vió obligado á capitular con las ideas que no pudo vencer de repente. A falta de popularidad real, obreros pagados á cuarenta sueldos por cabeza se presentan despues de su jornada en el Carrousel, y gritan *¡viva el emperador!* Las proclamas anuncian al principio una maravilla de perdon, los individuos son declarados libres, la nacion libre, la prensa libre, y solo se quiere la paz, la independencia y la felicidad del pueblo; todo el sistema imperial ha cambiado, y la edad de oro va á renacer. A fin de hacer la práctica conforme á las teorías, se parte la Francia en siete grandes divisiones de policía, y los siete lugar-tenientes son investidos de los mismos poderes que tenian los directores generales en tiempo del Consulado y del Imperio. Sabido es lo que fueron en Lyon, en Burdeos, en Milan, en Florencia, en Lisboa, en Hamburgo y Amsterdam estos protectores de la libertad individual. Y superiores á estos lugar-tenientes, Bonaparte eleva en una gerarquía cada vez mas *favorable á la libertad* comisarios extraordinarios, á la manera de los representantes del pueblo en tiempo de la Convencion.

La policía que dirige Fouché manifiesta al mundo por proclamas solemnes que solo va á servir para extender la filosofía, y que ya no obrará sino conforme á principios de virtud.

Bonaparte restablece por un decreto la guardia nacional del reino, cuyo nombre solo le causaba en otro tiempo vértigos. Vese obligado á anular el divorcio pronunciado en tiempo del Imperio entre el despotismo y la demagogia, y á favorecer su nueva alianza: de este himeneo debe nacer en el campo de mayo una libertad con el gorro encarnado en la cabeza, el sable del mameluco en la cintura y el hacha revolucionaria en la mano: libertad rodeada de las sombras de aquellos millares de víctimas sacrificadas en los cadalsos ó en los campos ardientes de la España y en los desiertos helados de la Rusia. Antes del triunfo, los mamelucos son jacobinos, y despues del triunfo los jacobinos volverán á convertirse en mamelucos.

Bien hubiera querido Bonaparte reunir en sí solo la autoridad; pero esto no le era posible, pues encontraba hombres dispuestos á disputársela: en primer lugar los republicanos de buena fe, libres de las cadenas del despotismo y de las leyes de la monarquía, deseaban conservar una independencia que tal vez no será sino un noble error; y en seguida los furiosos de la antigua faccion de la montaña, humillados de no haber sido bajo el imperio mas que espías de la policía de un déspota, parecian resueltos á tomar, por su propia cuenta, esa libertad de hacerlo todo, cuyo privilegio habian cedido á un señor por espacio de quince años.

Pero ni los republicanos, ni los revolucionarios, ni los satélites de Bonaparte eran bastante fuertes para restablecer su poder, separados, ó para subyugarse mutuamente. Amenazados de una invasion en lo exterior, perseguidos en lo interior por la opinion pública, comprendieron que si se dividian estaban perdidos, y á fin de escapar del peligro, aplazaron su querella: los unos llevaban á la defensa comun sus sistemas y sus quimeras; los otros su terror y su perversidad. Nadie estaba de buena fe en este pacto, y todos, pasada la crisis, se prometian resolverla en su provecho, y todos procuraban de antemano asegurarse el resultado de la victoria. En esta horrible treinta y una llevaban la banca tres enormes jugadores, la libertad, la anarquía y el despotismo, los cuales se esforzaban en ganar una partida perdida por todos.

Habíanse formado sociedades en los distritos, y las federaciones se organizaban bajo rigorosos juramentos en la Bretaña, el Anjou, el Lyonés y la Borgoña, oyéndose cantar por todas partes la *Marsellesa* y la *Carmañola*. Un club establecido en París estaba en correspondencia con los otros clubs de las provincias, y se anunciaba la resurreccion del *Diario de los patriotas*. Mas por esta parte, ¿qué confianza podian inspirar los resucitados de 1793? ¿No se sabia cómo explicaban ellos la libertad, la igualdad, los derechos del hombre? ¿Eran mas sinceros, mas morales, mas prudentes, despues que antes de sus enormidades? ¿Era porque estaban manchados con todos los vicios, por lo que se habian hecho capaces de todas las virtudes? No se abdica el crímen tan fácilmente como una corona, y la frente ceñida por la horrible venda conserva siempre indelebles señales.

La idea de hacer bajar á un ambicioso de genio del rango de emperador á la condicion de generalísimo ó de presidente de la república, era una quimera: el gorro colorado con que se cubria la cabeza de sus bustos durante los Cien-Dias, solo hubiera anunciado á Bonaparte la reconquista de la diadema, si fuera dado á esos atletas que recorren el mundo andar dos veces la misma carrera.

Entre tanto los liberales escogidos se prometian la victoria: hombres descarriados como Benjamin Constant, cándidos como Mr. Sismonde-Sismondi, hablaban de colocar al príncipe de Canino en el ministerio de lo Interior, al teniente general conde Carnot en el de la Guerra, y al conde Merlin en el de Justicia. Vencido en apariencia, no se opone Bonaparte á movimientos democráticos, que, en último resultado, suministraban conscriptos á su ejército; dejábase atacar en los folletos, y las caricaturas repetian *isla de Elba*, como los papagayos gritaban á Luis XI *Peronne*. Predicábanle, tuteándole, la libertad y la igualdad, y él escuchaba estas insinuaciones con aire de compuncion. De pronto, rompiendo los lazos con que habian pretendido envolverle, proclama de su propia autoridad, no una constitucion plebeya, sino una constitucion aristocrática, un *acta adicional* á las constituciones del imperio.

La soñada república se convierte por este diestro escamotaje en el antiguo gobierno imperial, rejuvenecido con el feudalismo. El *acta adicional* quita á Bonaparte el partido republicano, y hace descontentos en casi todos los otros. La licencia reina en París; la anarquía en las provincias; las autoridades civiles y militares se combaten; aquí se amenaza quemar los palacios y degollar los sacerdotes, y allí se enarbola la bandera blanca gritando *¡viva el rey!* Viéndose atacado, retrocede Bonaparte y retira á sus comisarios extraordinarios el nombramiento de corregidores de los muncipios, y devuelve este nombramiento al pueblo. Asustado de la multiplicidad de votos negativos contra el *acta adicional*, abandona su dictadura de hecho, y convoca la cámara de los Representantes en virtud de ese acta que aun no está aceptada. Errante de escollo en escollo, apenas libre de un peligro, choca contra otro: soberano de un dia, ¿cómo instituir unos pares hereditarios que el espíritu de igualdad rechaza? ¿cómo gobernar las dos cámaras? ¿Cuáles serán las relaciones de estas con la asamblea proyectada del campo de mayo, la cual no tiene ya verdadero objeto, puesto que el acta adicional se pone en ejecucion antes de ser contados los sufragios? ¿Esta asamblea, compuesta de treinta mil electores, no se creerá la representacion nacional?

Este campo de mayo, tan pomposamente anunciado y celebrado el 1.° de junio, se redujo á un simple desfile de tropas, y á una distribucion de banderas ante un altar despreciado. Napoleon rodeado de sus hermanos, de los dignatarios del imperio, de los mariscales, de los cuerpos civiles y judiciales, proclamó la soberanía del pueblo, en la cual no creia. Los ciudadanos se habian figurado que fabricarian ellos mismos una constitucion en este dia solemne, y los pacíficos vecinos esperaban que allí se declararia la abdicacion de Napoleon en favor de su hijo, abdicacion urdida en Basilea, entre los agentes de Fouché y del príncipe de Metternich; pero no hubo nada, y el *acta adicional* se presentaba como un homenaje á la legitimidad, pues con leves diferencias, y sobre todo menos la *abolicion de la confiscacion*: era la Carta.

CONTINUACION DE LOS CIEN-DIAS EN PARÍS.—CUIDADOS Y AMARGURAS DE BONAPARTE.

Estos cambios súbitos; esta confusion de todas las cosas, anunciaban la agonía del despotismo. Sin embargo, el emperador no podia recibir de adentro el golpe mortal, porque el poder que le combate está tan extenuado, como él: el gigante revolucionario, que en otro tiempo echó Napoleon por tierra, no ha recobrado su energía nativa, y los dos colosos se dan ahora inútiles golpes: ya no es mas que la lucha de dos sombras.

A estas imposibilidades generales se unen para Bonaparte tribulaciones domésticas y disgustos de palacio: anunciaba á la Francia la vuelta de la emperatriz y del rey de Roma, y ni el uno ni la otra volvian. A propósito de la reina de Holanda, convertida en duquesa de Saint-Leu, decia: — «Cuando se han aceptado las prosperidades de una familia, es preciso abrazar tambien las adversidades.» José, de vuelta de Suiza, no le pedia mas que dinero; Luciano le inquietaba por sus alianzas liberales, y Murat, conjurado al principio contra su cuñado, se habia dado demasiada prisa, al volver á él, en atacar á los austriacos: despojado del reino de Nápoles, y fugitivo de mal agüero, esperaba cerca de Marsella la catástrofe que os contaré mas tarde.

¿Y podia fiarse el emperador de sus antiguos partidarios y de sus pretendidos amigos? ¿No le habian indignamente abandonado en el momento de su caida? Este Senado que se arrastraba á sus piés, ¿no habia decretado la destitucion de su bienhechor? Podia creer á estos hombres cuando llegaban á decirle: —«El interés de la Francia es inseparable del vuestro. Si la fortuna, señor, engañase á vuestros esfuerzos, ¿los reveses no debilitarian nuestra perseverancia, y redoblarian nuestra adhesion hácia vos?» ¡Vuestra perseverancia, vuestra adhesion redoblada por el infortunio! Esto decíais el 11 de junio de 1815: ¿qué habíais dicho el 9 de abril de 1814? ¿Qué direis algunas semanas despues, el 19 de julio de 1815?

El ministro de la Policía imperial tenia correspondencias con Gante, Viena y Basilea: los mariscales á quienes Bonaparte se veia en la necesidad de dar el mando de sus soldados habian prestado poco antes juramento á Luis XVIII, y habian publicado contra Bonaparte las proclamas mas violentas. Verdad es que desde este momento habian vuelto al partido de su sultan: ¿pero si este hubiera sido detenido en Grenoble, qué habrian hecho? ¿Basta romper un juramento para devolver toda su fuerza á otro juramento violado? ¿Dos perjurios equivalen á la fidelidad?

Algunos dias mas, y estos asistentes al campo de Mayo presentarán su adhesion á Luis XVIII en los salones de las Tullerías, y se acercarán á la santa mesa del dios de paz para hacerse nombrar ministros en los banquetes de la guerra: heraldos de armas y agitadores de insignias reales en la consagracion de Bonaparte, desempeñarán las mismas funciones en la consagracion de Carlos X; y despues comisarios de otro poder llevarán este rey prisionero á Cherbourg; encontrando apenas un rincon libre en su conciencia para colocar en él su nuevo juramento. Duro es nacer en las épocas de improbidad, en estos dias en que dos hombres que hablan juntos se estudian en la manera de hablar, por miedo de ofenderse ó ruborizarse mutuamente.

Los que no habian podido adherirse á Napoleon por su gloria, ni por reconocimiento al bienhechor del cual habian recibido sus riquezas, sus honores, y hasta sus nombres, ¿se inmolarian ahora á sus indigentes esperanzas? ¿Se encadenarian á una fortuna precaria los ingratos á quienes no fijó una fortuna consolidada por triunfos inauditos y por una posesion de diez y seis años de victorias? Tantas chrysalidas que entre dos primaveras se habian despojado y revestido de la piel del legitimista y del revolucionario, del napoleonista y del borbonista; tantas palabras dadas y falseadas; tantas cruces pasadas del pecho del caballero á la cola del caballo; tantos pro-hombres cambiando de bandera y sembrando la liza con sus prendas de fe mentida, tantas nobles damas sucesivamente camaristas de María Luisa y de María Carolina, no debian dejar en el fondo del alma de Napoleon mas que desconfianza, horror y desprecio: este grande hombre envejecido estaba solo en medio de todos estos traidores, hombres de suerte, sobre una tierra vacilante, bajo un cielo enemigo, enfrente de su destino consumado y del juicio de Dios.

RESOLUCION DE VIENA. —MOVIMIEMTO EN PARÍS.

Napoleon no habia encontrado mas lealtad que en los fantasmas de su gloria pasada que le escoltaban, como ya os he dicho, desde el lugar de su desembarque hasta la capital de la Francia. Pero las águilas, que habian volado de *campanario en campanario* de Cannes á París, se posaron cansadas sobre las chimeneas de las Tullerías sin poder ir mas lejos.

Napoleon no se precipita con las poblaciones conmovidas sobre la Bélgica antes que se reuniera en este país un ejército anglo-prusiano, sino que se detiene é intenta negociar con la Europa y mantener humildemente los tratados de la legitimidad. El congreso de Viena opone al duque de Vicence la abdicacion de 11 de abril de 1814, abdicacion por la cual Bonaparte *reconocia que él era el único obstáculo al restablecimiento de la paz en Europa*, y en consecuencia renunciaba *para sí y sus herederos á los tronos de Francia y de Italia*; y puesto que vuelve á restablecer su poder, viola manifiestamente el tratado de París, y se coloca en la situacion política anterior al 31 de marzo de 1814; luego Bonaparte es quien declara la guerra á la Europa, y no la Europa á Bonaparte. Estas argucias lógicas de procuradores diplomáticos, como ya he advertido á propósito de la carta de Mr. de Talleyrand, valian lo que podian antes del combate.

La noticia del arribo de Bonaparte á Cannes habia llegado á Viena el 3 de marzo, en una fiesta en que se representaba la asamblea de las divinidades del Olimpo y del Parnaso. Alejandro acababa de recibir el proyecto de alianza entre la Francia, el Austria y la Inglaterra, y vacilando un momento entre las dos noticias, dijo despues: — «Aquí no se trata de mí, sino de la salvacion del mundo.» Y una estafeta lleva á San Petersburgo la órden para que se ponga en marcha la guardia. Los ejércitos que se retiraban se detienen, y ochocientos mil enemigos vuelven el rostro hácia la Francia. Bonaparte se prepara á la guerra, y es esperado en nuevos campos catalánicos. Dios lo ha aplazado para la batalla que debe poner fin al reinado de las batallas.

El calor de las alas de la fama de Marengo y Austerlitz habia bastado para hacer nacer ejércitos en esta Francia, que no es mas que un gran nido de soldados. Bonaparte habia devuelto á sus legiones sus sobrenombres de *invencible, terrible, incomparable*: siete ejércitos volvian á tomar el título de ejército de

los Pirineos, de los Alpes, del Jura, del Mosella y del Rhin, grandes recuerdos que servian de cuadro á tropas supuestas y á triunfos en esperanza. Un verdadero ejército estaba reunido en París y en Laon; ciento cincuenta baterías, diez mil soldados escogidos, diez y ocho mil marinos ilustrados en Lutzen y en Bautzen, treinta mil veteranos, oficiales y sargentos de guarnicion en las plazas fuertes; siete departamentos del Norte dispuestos á levantarse en masa; ciento ochenta mil hombres de la guardia nacional movilizada; cuerpos francos en la Lorena, la Alsacia y el Franco-Condado; los confederados ofreciendo sus picas y sus brazos, y París fabricando tres mil fusiles diarios, tales eran los recursos del emperador. Tal vez habria trastornado el mundo otra vez si hubiera podido resolverse á llamar las naciones extranjeras á la independencia, dando la libertad á la patria. El momento era propicio: los reyes que prometieron á sus súbditos gobiernos constitucionales, acababan de faltar vergonzosamente á su palabra; pero la libertad era antipática á Napoleon desde que habia bebido en la copa del poder, y queria mas ser vencido con soldados que vencer con el pueblo. Los cuerpos de ejército que hizo sucesivamente marchar hácia los Paises-Bajos ascendian á setenta mil hombres.

LO QUE HACIAMOS EN GANTE.—MR. DE BLACAS.

Nosotros los emigrados estábamos en la ciudad de Carlos V, como las mujeres de esta ciudad, sentadas detrás de sus celosías, veian en un espejillo inclinado los soldados que pasaban por la calle. Luis XVIII estaba allí en un rincon completamente olvidado, y apenas recibia de vez en cuando un billete del príncipe de Talleyrand, algunas líneas del cuerpo diplomático, residentes cerca del duque de Wellington en calidad de comisarios, y á Mr. Pozzo di Borgo, Vincent y otros. Un hombre extraño á la política jamás hubiese creido que un impotente oculto á orillas del Lys seria puesto sobre el trono por el choque de millares de soldados dispuestos á degollarse; soldados de quienes no era el rey ni el general, que no pensaban en él, que no conocian su nombre ni su existencia. De dos puntos tan próximos, Gante y Waterloo, jamás el uno pareció tan oscuro, ni el otro tan brillante: la legitimidad yacia en un almacen como un carruaje destrozado.

Nosotros sabíamos que las tropas de Bonaparte se acercaban, y solo teníamos para defendernos nuestras dos pequeñas compañías á las órdenes del duque de Berry, príncipe cuya sangre no podia servirnos, porque ya estaba reclamada en otra parte. Mil caballos destacados del ejército francés nos habrian copado en algunas horas. Las fortificaciones de Gante estaban demolidas, y el recinto habria sido tanto mas facilmente forzado, cuanto que la poblacion belga no nos era favorable. La escena de que habia sido testigo se renovó, y se preparaban secretamente los carruajes de S. M. Monsieur salió para Bruselas encargado de vigilar de mas cerca los movimientos.

Mr. de Blacas se habia vuelto cuidadoso y triste, y yo, pobre hombre, le solazaba. En Viena no le era nadie favorable, Mr. de Talleyrand se burlaba de él, y los realistas le acusaban de ser la causa de la vuelta de Napoleon. Yo era su único apoyo, y encontrándolo con bastante frecuencia en el mercado de los caballos donde *trotaba* solo, me enganchaba á su lado, y me conformaba á su triste pensamiento. Este hombre, á quien he defendido en Gante y en Inglaterra, á quien defendí en Francia despues de los Cien-Dias y hasta en el prefacio de la *monarquia segun la carta*, este hombre me ha sido siempre contrario: esto no seria nada si no hubiese sido un mal para la monarquía. Yo no me arrepiento de mi candidez pasada, pero debo anotar en estas *memorias* las sorpresas hechas á mi juicio y á mi buen corazon.

BATALLA DE WATERLOO.

El 18 de junio de 1815, á medio dia, salí de Gante por la puerta de Bruselas, para terminar mi paseo por el camino real. Habia llevado los *Comentarios de César*, y caminaba lentamente, absorto en mi lectura, cuando una legua mas allá de la ciudad creí oir un ruido sordo; me detuve, y miré al cielo, bastante cargado de nubes, deliberando en mí mismo si continuaria adelante ó si me acercaria á Gante, por temor de la tempestad. Apliqué el oido; mas como ya solo distinguí el ruido del agua entre los juncos y el sonido de un relój de aldea, proseguí mi camino: pero aun no habia dado treinta pasos, cuando comenzó de nuevo el rumor, unas veces breve, otras largo y á intervalos desiguales, y otras solo sensible por una trepidacion del aire que se comunicaba á la tierra en aquellas inmensas llanuras. Estas detonaciones menos vastas, menos ondulosas y unidas que las del rayo, hicieron nacer en mi ánimo la idea del combate. Atravesé el camino, me apoyé de pié contra el tronco de un árbol, volviendo el rostro hácia Bruselas, y un viento Sur que se levantó de pronto me trajo mas distintamente el rumor de la artilleria. ¡Esta gran batalla, todavía sin nombre, cuyos ecos escuchaba yo al pié de un pino, y cuyos funerales desconocidos acababa de tocar un relój de aldea, era la batalla de Waterloo!

Oyente silencioso y solitario de la formidable sentencia de los destinos, me habria conmovido menos si me hubiese encontrado en el combate: el peligro, el fuego, la barahunda de la muerte no me hubieran dejado tiempo para meditar; pero solo debajo de un árbol, en la campiña de Gante, como el pastor de los rebaños que pacian alrededor de mí, me anonadaba el peso de las reflexiones. ¿Qué combate era ese? ¿Era definitivo? ¿Napoleon estaba en él en persona? ¿El mundo, como la túnica de Cristo, era echado á la suerte? Triunfo ó derrota del uno ó del otro ejército, ¿cuál seria la consecuencia de aquel acontecimiento para los pueblos, la libertad ó la esclavitud? ¿Pero qué sangre corria? Cada rumor que llegaba á mis oidos, ¿no era el último suspiro de un francés? ¿Era aquello un nuevo Crecy, un nuevo Poitiers, un nuevo Azincourt, de que iban á regocijarse los implacables enemigos de la Francia? Si triunfaban, ¿no era perdida nuestra gloria? Si Napoleon vencia, ¿qué era de nuestra libertad? Aunque el triunfo de Napoleon me abria un destierro eterno, mi corazon estaba en este momento por el opresor de la Francia, si debia salvando nuestro honor, arrancarnos á la dominacion extranjera.

¿Triunfaba Wellington? ¡La legitimidad volveria á entrar en París detrás de aquellos uniformes rojos que venian de reteñirse en sangre de franceses! ¡La monarquía tendria por carroza de su consagracion las parihuelas de los hospitales llenas de nuestros granaderos mutilados! ¿Qué será una restauracion llevada á cabo bajo tales auspicios..? Esta era una parte muy pepueña de las ideas que me atormentaban; cada cañonazo me causaba un sacudimiento y redoblaba los latidos de mi corazon. A algunas leguas de una catástrofe inmensa, yo no la veia: yo no podia tocar el vasto monumento fúnebre creciente de minuto en minuto en Waterloo, como desde la ribera de Boulag á orillas del Nilo, extendia vanamente mis manos hácia las pirámides.

Ningun viajero aparecia, y algunas mujeres que sembraban pacíficamente sus legumbres no parecian oir el ruido que yo escuchaba. De pronto aparece un correo, y dejando el pié de mi árbol, me coloco en medio de la calzada, le detengo, y le interrogo. El

correo, que pertenecia al duque de Berry y venia de Alost, me dijo:—«Bonaparte ha entrado ayer (17 de junio) en Bruselas, despues de un combate sangriento. La batalla ha debido empezar hoy de nuevo (18 de junio). Se cree en la derrota definitiva de los aliados, y se ha dado la órden de retirada.»

El correo continuó su camino.

Yo lo seguí corriendo, y fui adelantado por el carruaje de un comerciante que huia en posta con su familia y que me confirmó la relacion del correo.

CONFUSION EN GANTE.—CUAL FUE LA BATALLA DE WATERLOO.

Todo era confusion cuando entré en Gante: las puertas se cerraban, dejando solo entreabiertos los postigos, y los vecinos, mal armados, y algunos soldados, daban la guardia en ellas. En seguida fuí á ver al rey.

Monsieur acababa de llegar por un camino de rodeo, habiendo salido de Bruselas á la falsa noticia de que Bonaparte iba á entrar en la ciudad, y que una primera batalla perdida no dejaba la menor esperanza de ganar la segunda. Contábase que no habiendo estado en línea los prusianos, los ingleses habian sido destruidos.

Con tales noticias, el *sálvese quien pueda* se hizo general: los que tenian algunos recursos se marcharon, y yo, que tengo la costumbre de no tener jamás nada, estaba siempre listo y dispuesto. Yo queria deshacerme de Mad. de Chateaubriand, gran bonapartista, pero que no gusta de los cañonazos; mas ella no quiso separarse de mí.

Por la tarde hubo consejo con S. M., donde oimos de nuevo las relaciones de *Monsieur* y los *se dice* recogidos en casa del comandante de la plaza ó del baron de Eckstein. El carro de los diamantes de la corona estaba enganchado; yo no tenia necesidad de carro para llevar mi tesoro. Metí el pañuelo de seda negro que me lio por las noches á la cabeza en mi cartera de ministro de lo Interior, y me puse á disposicion del príncipe con este documento importante de los negocios de la legitimidad. Yo era mas rico en mi primera emigracion, cuando mi maletilla me servia de almohada y de baul á *Atala*; pero en 1815 era *Atala* una muchacha alta y desmadejada de trece á catorce años, que corria el mundo sola, y que, para honor de su padre, habia hecho hablar mucho de sí.

El 19 de junio á la una de la mañana, una carta de Mr. Pozzo, trasmitida al rey por estafeta, restableció la verdad de los hechos. Bonaparte no habia entrado en Bruselas, y decididamente habia perdido la batalla de Waterloo. Saliendo de París el 12 de junio, alcanzó á su ejército el 14, y el 15 forzó las líneas del enemigo sobre el Sambra. Él 16 batió á los prusianos en esos campos de Fleurus, donde la victoria parece ser por siempre fiel á los franceses, é inmediatamente tomó las aldeas de Ligny y de Saint-Amand Nuevo triunfo en los Quatre-Bras; el duque de Brunswick queda entre los muertos, y Blücher, en plena retirada, se replega sobre una reserva de treinta mil hombres, mandados por el general Bulow: el duque de Wellinton, con los ingleses y holandeses, se dirige á Bruselas.

El 18 por la mañana, antes de los primeros cañonazos, el duque de Wellington declaró que podria sostenerse hasta las tres: pero que á esta hora, si no parecian los prusianos, necesariamente tendria que ser derrotado, pues toda retirada le era imposible por su posicion entre Planchenois y Bruselas; sorprendido por Napoleon, su posicion militar era detestable, y la habia aceptado por la necesidad, pero no escogido.

Los franceses tomaron desde luego, en el ala izquierda del enemigo, las alturas que dominan el castillo de Hougoumont hasta las quintas de la Haie-Sainte y de Papelotte; en el ala derecha atacaron la aldea de Mont Saint-Jean. La quinta de la Haie-Sainte es tomada en el centro por el príncipe Gerónimo; pero la reserva prusiana aparece hácia Saint-Lambert á las seis de la tarde, y un nuevo y furioso ataque se dirige contra la Haie-Sainte; Blücher llega con tropas frescas y aisla del resto de nuestras tropas ya rotas, los cuadros de la guardia imperial. Enredador de esta falange inmortal, el desbordamiento de los fugitivos todo lo arrastra entre torbellinos de polvo, entre el humo ardiente de la metralla, entre las tinieblas surcadas de cohetes á la congreve, en medio del ruido de trescientas piezas de artillería y del galope precipitado de veinte y cinco mil caballos; aquella era como el sumario de todas las batallas del imperio. Dos veces han gritado los franceses ¡*victoria*! Dos veces son sofocados sus gritos por la presion de las columnas enemigas. El fuego de nuestras líneas se apaga, los cartuchos se agotan, y algunos granaderos heridos, en medio de treinta mil muertos, de cien mil balas de cañon ensangrentadas á sus piés, quedan aun de pie apoyados en el fusil, rota la bayoneta, y el cañon sin carga. No lejos de ellos, el hombre de las batallas escuchaba el último cañonazo que debia oir en su vida. En estos campos de carnicería, su hermano Gerónimo combatia aun con sus batallones espirantes y anonadados por el número; pero su valor no pudo atraer la victoria.

El número de los muertos por parte de los aliados era estimado en diez y ocho mil hombres; doscientos oficiales ingleses habian perecido; casi todos los ayudantes de campo del duque de Wellington estaban muertos ó heridos, y no hubo en Inglaterra una familia que no vistiese de luto. Los ingleses debieron el triunfo á los irlandeses y á la brigada de montañeses escoceses que no pudieron romper las cargas de nuestra caballería. No habiendo avanzado el cuerpo del general Grouchy, no se encontró en la accion. Ambos ejércitos cruzaron el hierro y el fuego con una bravura y un encarnizamiento que animaba una enemistad nacional de diez siglos. Lord Castlereagh, dando cuenta de la batalla en la cámara de los Lores, decia:—«Los soldados ingleses y los franceses, despues del combate, lavaban sus manos ensangrentadas en un mismo riachuelo, y de una orilla á la otra se congratulaban mutuamente por su valor.» Wellington siempre habia sido funesto á Bonaparte, ó mas bien el genio rival de la Francia, el genio inglés, obstruia el camino de la victoria. Hoy dia los prusianos reclaman contra los ingleses el honor de este negocio decisivo; pero en la guerra no es la accion consumada lo que hace el triunfador, sino el nombre: no fue Bonaparte quien ganó la verdadera batalla de Jena.

Las faltas de los franceses fueron considerables, pues equivocaron los cuerpos enemigos con amigos, y ocuparon demasiado tarde la posicion de los Quatre-Bras: el mariscal Grouchy, que estaba encargado de contener á los prusianos con sus treinta y seis mil hombres, los dejó pasar sin verlos, y de aquí los cargos que nuestros generales se han dirigido mutuamente. Bonaparte atacó de frente, segun su costumbre, en vez de envolver á los ingleses, y se ocupó con la prescencion del maestro de cortar la retirada á un enemigo que no estaba vencido.

Muchas mentiras y algunas verdades bastante curiosas se han dicho sobre esta catástrofe. Las palabras *la guardia muere y no se rinde*, es una invencion que ya nadie se atreve á defender. Parece cierto que al principio de la accion hizo Soult algunas observaciones estratégicas al emperador.—«Porque Wellington os ha batido, le respondió secamente Bonaparte, creeis siempre que es un gran general.» Al fin del combate Mr. de Turena instó á Napoleon para que

se retirase á fin de no caer en manos del enemigo: Bonaparte se encolerizó al principio, pero de repente, y en medio de toda su cólera, salta sobre su caballo, y huye.

REGRESO DEL EMPERADOR.—REAPARICION DE LAFAYETTE.—NUEVA ABDICACION DE BONAPARTE.—SESIONES BORRASCOSAS EN LA CÁMARA DE LOS PARES.—SINTOMAS AMENAZADORES PARA LA SEGUNDA RESTAURACION.

El 19 de junio, cien cañonazos de los inválidos habian anunciado los triunfos de Ligny, de Charleroi, de Quatre-Bras: se celebraban victorias muertas la víspera en Waterloo. El primer correo que trasmitió á París la noticia de esta derrota, una de las mas grandes de la historia por sus resultados, fue Napoleon mismo; él entró en las barreras la noche del 21, como para hacer saber á sus amigos que aquel suceso no era mas que lo que realmente era. Fijóse en seguida en el Elíseo-Borbon; cuando llegó de la isla de Elba descendió en las Tullerías; estos dos asilos, elegidos instintivamente, revelaban el cambio de su destino.

Vencido en el extranjero en un noble combate, Napoleon fue á sufrir á París los asaltos de los abogados que querian aprovecharse de sus desgracias; sintió entonces no haber disuelto la Cámara antes de su marcha al ejército, y cada vez se lamentaba mas de no haber mandado fusilar á Fouché y á Talleyrand. Pero lo cierto es que Bonaparte, despues de Waterloo, se abstuvo de toda violencia, sea que obedeciese á la calma habitual de su temperamento, sea que estuviese dominado por el destino; asi no decia ya como en su primera abdicacion:—«Ya se verá lo que es *la muerte de un grande hombre.*» Esta frase ya no era oportuna. Antipático á la libertad, pensaba en disolver aquella cámara de Representantes que presidia Lanjuinais, de ciudadano convertido en senador, de senador convertido en par, despues vuelto á ciudadano, y de ciudadano otra vez vuelto á par. El general Lafayette, diputado, leyó en la tribuna una proposicion que declaraba la Cámara en permanencia, crimen de alta traicion toda tentativa para disolverla, traidor á la patria y juzgado como tal cualquiera que se declarase culpable (21 de junio de 1815).

El discurso del general empezaba por estas palabras:

«Señores, cuando por la primera vez despues de tantos años levanto una voz que los antiguos amigos de la libertad conocen todavía, me siento obligado á hablaros del peligro de la patria... Hé aquí el momento de agruparnos enrededor de la bandera tricolor, de la bandera de 89, la de la libertad, la de la igualdad, la del órden público.»

El anacronismo de este discurso produjo el efecto de una ilusion; parecia ver á la revolucion, personificada en Lafayette, salir de su tumba y presentarse pálida y descarnada en la tribuna.

Pero estas mociones de órden, reminiscencias de Mirabeau, no eran sino armas ya enmohecidas sacadas de un viejo arsenal. Si Lafayette reunia noblemente el fin y el principio de su vida, no estaba seguramente en su poder soldar los dos eslabones de la cadena rota del tiempo. Benjamin Constant se dirigió á ver al emperador al Elíseo-Borbon, y le encontró en su jardin. La muchedumbre llenaba las avenidas de Marigny, y gritaba *¡viva el emperador!* grito palpitante salido de las entrañas populares, y que se dirigia á un vencido. Bonaparte dijo á Benjamin Constant:—«¿Qué me deben esos hombres? Nada. Yo los encontré pobres, y pobres los dejo.» Esta hubiera sido quizá la única palabra que le habria salido del corazon, si todavía la emocion del diputado no hubiera engañado su oido. Bonaparte, previendo el suceso, se adelantó á la indicacion que se preparaban á hacerle, y abdicó para no verse obligado á abdicar. «Mi vida política ha terminado, dijo; declaro á mi hijo, bajo el nombre de Napoleon II, emperador de los franceses.» Inútil disposicion, semejante á la de Carlos X en favor de Enrique V. No se dan coronas sino cuando se poseen, y los hombres anulan el testamento de la adversidad. Por otra parte, el emperador no era mas sincero al descender del trono la segunda vez que lo habia sido en su primera retirada. Asi, cuando los comisarios franceses fueron á anunciar al duque de Wellington que Napoleon habia abdicado, les respondió:—«Ya lo sabia hace un año.»

La cámara de Representantes, despues de algunos debates en que Manuel tomó la palabra, aceptó la nueva abdicacion de su soberano, pero vagamente y sin nombrar regencia.

Creóse una comision ejecutiva; el duque de Otranto la presidia: tres ministros, un consejero de Estado y un general del emperador la componian, y despojaban de nuevo á su señor; estos eran Fouché, Caulaincourt, Carnot, Quinette y Grenier.

Durante estas transacciones, Bonaparte concentra a sus ideas en su cabeza.—«Yo no tengo ya ejército, decia; no tengo mas que fugitivos. La mayoría de la cámara de los Diputados es buena; yo no tengo contra mí mas que á Lafayette, Lanjuinais y algunos otros. Si la nacion se levanta, el enemigo será vencido; si en vez de un levantamiento hay discordia, todo está pérdido. La nacion no ha enviado á los diputados para derribarme, sino para sostenerme. Yo no los temo, hagan lo que quieran; yo seré siempre el ídolo del pueblo y del ejército; si yo pronunciase una palabra, todos acudirian á mi voz. Pero si nos querellamos en vez de entendernos, reproduciremos la suerte del bajo imperio.»

Una diputacion de la cámara de Representantes vino á felicitarle por su nueva abdicacion, y respondió:—«Os doy las gracias; yo deseo que mi abdicacion pueda hacer la felicidad de la Francia, pero no lo espero.»

Arrepintióse al punto de su resolucion cuando supo que la cámara de Representantes habia nombrado una comision de gobierno, compuesta de cinco miembros. Entonces dijo á s s ministros:—«Yo no he abdicado en favor de un nuevo directorio; he abdicado en favor de mi hijo; si no se le proclama, mi abdicacion es nula y de ningun valor. No es por cierto presentándose ante los aliados con las orejas bajas y la rodilla en tierra como las Cámaras los obligarán á reconocer la independencia nacional.»

Quejábase de que Lafayette, Sebastiani, Pontecoulant y Benjamin Constant habian conspirado contra él, y que por otro lado las Cámaras no habian tenido energía. Añadia que él solo podia repararlo todo, pero que sus enemigos no lo consentirian jamás, pues preferian hundirse en el abismo que unirse á él para cerrarlo.

El 27 de junio, en Malmaison, escribia esta carta sublime: «Al abdicar el poder, yo no he renunciado al derecho mas noble del ciudadano; al derecho de defender á mi país. En estas graves circunstancias, yo ofrezco mis servicios como general, considerándome todavía como el primer soldado de la patria.»

El duque de Basano le manifestó que la Cámara no estaba en su favor.—«Entonces, bien lo veo, es preciso todavía ceder. Ese infame Fouché os ha engañado; solo Caulaincourt y Carnot valen alguna cosa; pero ¡qué pueden hacer con un traidor como Fouché dos hombres nulos como Quinette y Grenier, y dos cámaras que no saben lo que quieren! Lo creeis todo, como los imbéciles, creeis las bellas promesas de los extranjeros, y os engañais.»

Los plenipotenciarios fueron enviados á los aliados. Napoleon se halló el 29 de junio con dos fragatas estacionadas en Rochefort, para transportarle fuera de Francia; entre tanto se habia retirado á Malmaison. Las discusiones eran muy animadas en la cámara de los Pares. Antiguo enemigo de Bonaparte, Carnot, que firmaba las órdenes de los asesinatos de Avignon sin haber tenido tiempo de leerlas, tuvo el suficiente durante los Cien-Dias para inmolar su republicanismo al título de conde. El 22 de junio habia leido en Luxemburgo una carta del ministro de la Guerra, conteniendo su informe exagerado sobre los recursos militares de la Francia. Ney, recientemente llegado, no pudo oir este informe sin cólera. Napoleon en sus boletines habia hablado del mariscal con un desprecio mal disimulado, y Gourgaud acusó á Ney de haber sido la causa de la pérdida de la batalla de Waterloo. Ney se levantó y dijo:—«Ese informe es falso, falso de todo punto. Grouchy no ha podido tener bajo sus órdenes mas que veinte ó veinte y cinco mil hombres todo lo mas. Ni un solo soldado de la guardia ha huido. Yo la mandaba; yo la he visto morir toda entera, antes que abandonar el campo de batalla. El enemigo está en Nivelle con ochenta mil hombres; puede estar en París dentro de seis dias; no teneis otro medio de salvar la patria que abrir negociaciones.»

El ayudante de campo Habaut quiso sostener la relacion del ministro de la Guerra; pero Ney replicó con mayor vehemencia:—«Lo repito, no teneis otro medio de salvacion que las negociaciones. Es preciso que volvais á llamar á los Borbones. Por lo que á mí hace, me retiraré á los Estados Unidos.»

Al acabar de pronunciar estas palabras, Lavalette y Carnot dirigieron al mariscal vivas y fuertes reconvenciones, á las que Ney respondió con desden:—«Yo no soy de esos hombres que no miran mas que su interés. ¿Qué ganaré yo con la vuelta de Luis XVIII? Ser fusilado por el crímen de desercion. Pero debo la verdad á mi país.»

En la sesion de la cámara de los Pares del 23, recordando esta escena el general Drouot, dijo:—«He oido con pesar lo que se dijo ayer para disminuir la gloria de nuestras armas, exagerar nuestros desastres y disminuir nuestros recursos. Mi admiracion ha sido tanto mayor, cuanto que estos discursos eran pronunciados por un general distinguido (Ney), quien por su gran valor y sus conocimientos militares ha merecido tantas veces el reconocimiento de la nacion.»

En la sesion del 22 estalló una nueva tempestad á consecuencia de la primera. Tratábase de la abdicacion de Bonaparte, y Luciano insistia en que se reconociese á su sobrino por emperador. Mr. de Pontecoulant interrumpió al orador, y preguntó con qué derecho Luciano, extranjero y príncipe romano, se permitia dar un soberano á la Francia.—«¿Cómo es posible, añadió, reconocer por emperador á un niño que reside en país extranjero?»

A esta pregunta, La Bedoyere, agitándose delante de su asiento, respondió:—«Yo he oido voces alrededor del trono del soberano feliz, pero ellas se alejan hoy que está en desgracia. Hay gentes que no quieren reconocer á Napoleon II, porque prefieren recibir la ley de los extranjeros, á quienes dan el nombre de *aliados*.

«La abdicacion de Napoleon es inseparable del reconocimiento de su hijo. Si no se quiere reconocer á este, aquel debe empuñar de nuevo la espada rodeado de los franceses que han derramado su sangre por él, y que están aun cubiertos de heridas.

«Napoleon será abandonado por los viles generales que ya otra vez le han hecho traicion. Pero si se declara que todo francés que deserte de sus banderas quedará cubierto de infamia, que será arrasada su casa y proscripta su familia, entonces se acabarán las traiciones, los manejos que han ocasionado las últimas catástrofes, algunos de cuyos autores se sientan quizá entre nosotros.»

Al oir esto, los pares se levantaron con el mayor tumulto, y ofendidos gritaron:—«¡Al órden; al órden! —¡Jóven, os olvidais del sitio en que estais! exclamó Massena.—¿Creeis estar aun en el cuerpo de guardia? decia Lameth.

Todos los presagios de la segunda restauracion fueron siniestros y amenazadores. Bonaparte habia vuelto á la cabeza de cuatrocientos franceses; Luis XVIII volvia detrás de cuatrocientos mil extranjeros. Aquel pasó cerca del mar de sangre de Waterloo para dirigirse á su sepultura de Saint-Denis.

Mientras que se adelantaba asi la legitimidad, resonaban las interpelaciones de la cámara de los Pares, y habia en ellas algo de las terribles escenas revolucionarias de los tremendos dias de nuestras desgracias, cuando el puñal circulaba en el tribunal entre las manos de las víctimas. Algunos militares, cuya funesta fascinacion habia causado la ruina de la Francia, procurando la segunda invasion del extranjero, debatian aun sus querellas en los umbrales del palacio, y su desesperacion profética, sus ademanes, sus palabras sepulcrales parecian anunciar una triple muerte: muerte para ellos mismos; muerte para el hombre que habian bendecido; muerte para la raza que habian proscripto.

PARTIDA DE GANTE.—LLEGADA Á MONS.—PIERDO LA PRIMERA OCASION DE HACER FORTUNA EN MI CARRERA POLÍTICA.—MR. DE TALLEYRAND EN MONS.—ESCENA CON EL REY.—MI NECIO INTERÉS POR MR. DE TALLEYRAND.

Mientras que Bonaparte se retiraba á Malmaison con el imperio finado, nosotros partiamos de Gante con la monarquía renaciente. Pozzo, que conocia bien cuán poca importancia se daba á la legitimidad en altos lugares, se apresuró á escribir á Luis XVIII que emprendiese su marcha y llegase pronto, si queria reinar, antes de que estuviese ocupado su puesto. A este aviso debió Luis XVIII su corona en 1815.

En Mons perdí la primera ocasion de hacer fortuna en mi carrera política. Yo era mi mayor obstáculo para ella, y tropezaba siempre en mi camino conmigo mismo. Esta vez mis *cualidades* me jugaron la mala pasada que podrian haberme jugado mis defectos.

Mr. de Talleyrand, lleno de orgullo por una negociacion que le habia enriquecido, pretendia haber hecho á la legitimidad los mayores servicios, y queria dominar la situacion. Ya habia extrañado que no se hubiese seguido para la vuelta á París el camino que él habia trazado, y su descontento fue mucho mayor al volver á hallar á Mr. de Blacas con el rey. Talleyrand consideraba á Mr. de Blacas como el azote de la monarquía; pero no era este el verdadero motivo de su aversion, sino que veia en él al favorito, y por consiguiente un rival: temia tambien á *Monsieur*, y se habia indignado cuando quince dias antes este le habia hecho ofrecer su palacio sobre la Lys. Pedir el alojamiento de Mr. de Blacas era muy natural; exigirlo, era acordarse demasiado de Bonaparte.

Mr. de Talleyrand entró en Mons cerca de las seis de la tarde, acompañado del abate Louis. Mr. de Rice, Mr. de Jaucourt y algunos otros comensales volaron á su encuentro. Demostrando un mal humor que jamás se le habia observado, el mal humor de un rey que juzga desconocida su autoridad, rehusó al principio ir á casa de Luis XVIII, respondiendo á los que le instaban para ello con su frase de ostentacion:—«Jamás tengo prisa; tiempo habrá mañana.» Yo fuí á verle, y me hizo todas aquellas caricias con que se-

ducia á los ambiciosuelos y á los necios importantes. Me cogió el brazo, y apoyándose sobre él, me habló largo rato; familiaridades de gran favor, calculadas para trastornarme la cabeza, pero que eran enteramente perdidas conmigo, porque ni las comprendia siquiera. Yo le invité á ir á casa del rey, donde me dirigia.

Luis XVIII estaba muy triste: tratábase de separarse de Mr. de Blacas, quien no podia entrar en Francia, porque la opinion estaba pronunciada contra él. Aunque yo tuviese motivos de queja de la conducta observada conmigo en París por el favorito, no le manifesté en Gante ningun resentimiento. El rey habia agradecido mi comportamiento, y en su enternecimiento me trató admirablemente. Ya le habian referido lo que decia Mr. de Talleyrand:—«Se jacta, me dijo, de haberme colocado por segunda vez la corona sobre la cabeza, y me amenaza con volverse á Alemania. ¿Qué pensais de ello, Chateaubriand?» Yo le respondí:—«Creo que se ha informado mal á V. M. Lo único que tiene Mr. de Talleyrand es cansancio; pero si el rey consiente en ello, yo iré á casa del ministro á decirle que venga.» El rey pareció muy satisfecho de esta contestacion, pues gustaba muy poco de intrigas, y deseaba su tranquilidad, aun á expensas de sus afecciones.

Mr. de Talleyrand, rodeado de aduladores, estaba mas encolerizado que nunca. Yo le hice presente que en un momento tan crítico no podia pensar en alejarse. Pozzo le habló en el mismo sentido, y aunque no le tuviese la menor inclinacion, gustaba entonces de verle metido en los negocios, como un antiguo conocimiento: ademas le suponia en favor con el Czar. Yo no adelanté nada con Mr. de Talleyrand, porque los que rodeaban al príncipe combatian mis indicaciones, y hasta el mismo Mr. Mounier pensaba que Mr. de Talleyrand debia retirarse. El abate Louis, que atacaba á todo el mundo, me dijo meneando tres veces sus quijadas:—«Si yo fuese el príncipe, no permaneceria un cuarto de hora en Mons.» Yo le respondí:—«Vos y yo, señor abate, podemos irnos cuándo y dónde gustemos, sin que nadie lo note; pero no sucede lo mismo con Mr. de Talleyrand.» Insistí aun mas, y dije al príncipe:—«¿Sabeis que el rey continúa su viaje?» Mr. de Talleyrand pareció sorprendido; despues me dijo con un aire soberbio, como el acuchillado á los que querian hacerle desconfiar de los designios de Enrique III:—«No se atreverá á ello.»

Volvíme, pues, cerca del rey, donde hallé á Mr. de Blacas, y dije á S. M. para excusar á su ministro, que estaba enfermo, pero que al dia siguiente tendria seguramente el honor de hacer la córte al rey.—«Que haga lo que guste, replicó Luis XVIII; á las tres me marcho.» Y en seguida añadió con tono afectuoso estas palabras:—«Voy á separarme de Mr. de Blacas, y su puesto queda vacío, Mr. de Chateaubriand.»

Esto era abrirme las puertas de la fortuna. Sin ocuparse mas de Mr. de Talleyrand, un político diestro habria hecho enganchar sus caballos para seguir ó preceder al rey. Yo cometí la torpeza de quedarme en mi posada.

Mr. de Talleyrand, no pudiendo persuadirse de que se fuese el rey, se habia acostado; á las tres se le despertó para decirle que el rey iba á partir, y al pronto dudó de lo que oia.—«¡He sido burlado, vendido! exclamó al fin.» Levántase de la cama, y vedle aquí por la primera vez de su vida en la calle á las tres de la mañana, apoyado en el brazo de Mr. de Ricé. Llega así al palacio del rey cuando los dos primeros caballos del tiro tenian ya la mitad del cuerpo fuera de la puerta cochera. Se manda detener al postillon, y preguntando el rey qué es aquello, se le grita: —«Señor, es Mr. de Talleyrand.—Está durmiendo, dijo Luis XVIII.—Está aquí, señor.—Vamos, respondió el rey.» Los caballos retroceden con el carruaje, ábrese la portezuela, baja el rey, y entra arrastrándose en su aposento, seguido del ministro, cojeando tambien. Una vez allí, Mr. de Talleyrand, lleno de cólera, comienza una explicacion; S. M. le escucha, y le responde:—«Príncipe de Benevento, nos dejais, no es esto? Las aguas os sentaran bien: no olvideis darnos noticias vuestras.» El rey deja al príncipe desconcertado, se hace conducir de nuevo al carruaje, y parte.

Mr. de Talleyrand rabiaba de cólera; la sangre fria de Luis XVIII le habia confundido. ¡El, Talleyrand, que se preciaba de tener tanta sangre fria, ser batido en su propio terreno, verse plantado en medio de la plaza en Mons, como el hombre mas insignificante! No acertaba á volver en sí. Permanece mudo, ve alejarse el carruaje, y en seguida, cogiendo al duque de Levis por un boton de su gaban:—«Id, señor duque; id á decir cómo se me trata. Yo he vuelto á colocar la corona sobre la frente del rey (Talleyrand hablaba siempre de esta corona), y me voy á Alemania á comenzar una nueva emigracion.

Mr. de Levis escuchaba distraido, y alzándose sobre las puntas de los piés, dijo:—«Príncipe, voy á partir; es necesario que haya al menos un gran señor con el rey.»

Mr. de Levis subió á un carruajillo de alquiler que conducia al canciller de Francia, y las dos grandezas de la monarquía *Capeto* se reunieron asi la una al lado de la otra, á partir gastos, en una especie de cuévano merovingiano.

Yo habia rogado á Mr. Duras que trabajase en favor de una reconciliacion y que me diese noticias de lo que adelantase:—«¡Qué, me habia dicho Duras; permaneceis aquí despues de lo que os dijo el rey!» Por su parte Mr. de Blacas al partir de Mons me dió gracias por el interés que yo le habia manifestado.

Volví á ver á Mr. de Talleyrand, y lo hallé muy apesadumbrado de no haber seguido mis consejos, y de haberse negado con la terquedad de un subteniente calavera á ir á casa del rey; sentia que las negociaciones se llevasen á cabo sin su intervencion, no poder participar del poder político y de los manejos de dinero que se preparaban. Yo le dije que aunque diferia de su opinion, quedaba tan afecto á él como un embajador á su ministro, y que, por lo demás, ya tenia amigos cerca del rey y esperaba bien pronto saber algo bueno. Mr. de Talleyrand, inclinándose sobre mis hombros, me manifestó una verdadera ternura, y en aquel momento me creia él ciertamente un gran hombre.

No tardé en recibir un billete de Mr. de Duras; me escribia desde Cambray que el negocio estaba arreglado, y que Mr. de Talleyrand iba á recibir la órden de ponerse en camino: esta vez no dejó de obedecer el príncipe.

¿Qué diablos me impulsaba en esta desacertada via? Yo no habia seguido al rey, quien me habia, por decirlo asi, ofrecido ó mas bien dado el ministerio de su casa, y á quien ofendió mi obstinacion en permanecer en Mons: yo me cortaba la cabeza por Mr. de Talleyrand, á quien conocia apenas, á quien no estimaba ni admiraba siquiera; por Mr. de Talleyrand, que iba á entrar en combinaciones que no eran las mias por cierto, que vivia en una atmósfera de corrupcion en la que yo no podia respirar.

Del mismo Mons, y en medio de todas sus dificultades, fue de donde el príncipe de Benevento envió á Nápoles á Mr. Dupereyá percibir los millones de uno de sus tratos de Viena. Mr. de Blacas caminaba al mismo tiempo con la embajada de Nápoles en su bolsillo, y los millones que el generoso desterrado de Gante le habia dado en Mons. Yo me habia sostenido en buenas relaciones con Mr. de Blacas, precisamente porque todo el mundo le detestaba; yo habia obtenido la amistad de Mr. de Talleyrand por mi fidelidad á un capricho de su carácter; Luis XVIII me habia llamado

positivamente cerca de su persona, y yo preferí la torpeza de un hombre sin fe al favor del rey: era, pues, muy justo que recibiese la recompensa de mi estupidez, y que fuese abandonado de todos por haberlos querido servir. Volví á Francia sin tener con qué pagar los gastos del viaje, mientras que llovian tesoros sobre los desgraciados. Bien merecia esta leccion. Está muy bien convertirse en caballero pobre, cuando todo el mundo está repleto de oro; pero para ello no es necesario cometer faltas tan enormes como las mias. Si yo hubiese seguido al lado del rey, la combinacion del ministerio Talleyrand y Fouché se habria hecho casi imposible, y comenzando la restauracion por un ministerio moral y honroso, todas las combinaciones del porvenir podian cambiar. La indiferencia con que yo consideraba mi persona me engañaba sobre la importancia de los hechos: la mayor parte de los hombres tiene el defecto de darse demasiado valor, yo tengo el defecto de no darme bastante. Yo me envolví, pues, en el desden habitual de mi suerte; pero habria debido ver que la fortuna de la Francia se hallaba ligada en aquel momento á la de mi insignificante destino. Este fue uno de esos enredos históricos muy comunes.

DE MONS Á GONESSE.—ME OPONGO CON EL CONDE BEUGNOT AL NOMBRAMIENTO DE FOUCHÉ COMO MINISTRO.—MIS RAZONES.—EL DUQUE DE WELLINGTON.—ARNOUVILLE.—SAINT-DENIS.—ÚLTIMA CONVERSACION CON EL REY.

Salí al fin de Mons y llegué á Chateau-Cambresis, donde me alcanzó Mr. de Talleyrand: teníamos el aspecto de ir á rehacer el tratado de paz de 1559 entre Enrique II de Francia y Felipe II de España.

En Cambray nos encontramos con que el marqués de La Suze, mariscal aposentador del tiempo de Fenelon, habia dispuesto de los billetes de alojamiento de Mad. de Levis, de Mad. de Chateaubriand y del mio: nos quedamos en la calle en medio de los fuegos de artificio y de la multitud circulante enrededor nuestro y de los habitantes que gritaban *¡viva el rey!* Habiendo sabido un estudiante que yo estaba allí, nos condujo á la casa de su madre.

Los amigos de las diversas monarquías de Francia comenzaban á aparecer: no venian á Cambray para la liga contra Venecia, sino para asociarse contra las nuevas constituciones, y acudian á poner á los piés del rey sus fidelidades sucesivas y su odio á la Carta, pasaportes que juzgaban necesarios para con *Monsieur*.

El 23 de junio apareció la declaracion de Cambray, en la cual decia el rey: «Yo no quiero alejar de mi persona sino á esos hombres cuya fama es un objeto de dolor para la Francia y de espanto para la Europa.» ¡Ya lo veis, el nombre de Fouché era pronunciado con gratitud por el pabellon Marsan! El rey se reia de la nueva pasion de su hermano, y decia:—«No le ha venido por inspiracion divina.» Ya os he contado que atravesando á Cambray despues de los Cien-Dias, en vano busqué la habitacion en que vivia cuando estaba en el regimiento de Navarra, y el café á que concurria con La Martiniere: todo habia desaparecido con mi juventud.

De Cambray fuimos á dormir á Roye: la dueña de la posada tomó á Mad. de Chateaubriand por la señora delfina, y fue llevada en triunfo á una sala donde habia puesta una mesa de treinta cubiertos. La posadera no queria recibir paga alguna, y decia:—«Yo me miro con malos ojos por no haber sabido hacerme guillotinar por nuestros reyes.» ¡Ultima chispa de un fuego que habia animado á los franceses durante tantos siglos!

El general Lamothe, cuñado de Mr. Lahorie, vino enviado por las autoridades de la capital para instruirnos de que nos seria imposible presentarnos en París sin la escarapela tricolor. Mr. de Lafayette y otros comisionados corrian de estado mayor en estado mayor mendigando cerca de extranjeros un señor cualquiera para la Francia: segun la eleccion de los cosacos, cualquier rey seria excelente con tal de que no descendiese de San Luis ni de Luis XVI.

En Roye se celebró consejo: Mr. de Talleyrand nos leyó una memoria, en la que examinaba el partido que deberia tomarse, y en la que aventuraba algunas palabras sobre la necesidad de admitir indistintamente á todo el mundo á todos los destinos; daba á entender que se podria llegar generosamente hasta los jueces de Luis XVI. S. M. se encendió y exclamó golpeando con sus dos manos los brazos del sillon:—«¡Jamás!» Este jamás se convirtió en veinte y cuatro horas.

En Senlis nos presentamos en casa de un canónigo, cuya criada nos recibió como á perros. En cuanto al canónigo, que no era Saint-Rieul, patron de la ciudad, ni siquiera quiso mirarnos. Su ama tenia órden de no prestarnos mas servicio que el de comprarnos que comer por nuestro dinero. Sin embargo, Senlis hubiera debido sernos de buen agüero, pues en esta ciudad fue donde Enrique IV se salvó de manos de sus carceleros en 1576.—«Solo siento, exclamaba al escaparse el rey, compatriota de Montaigne, dos cosas que he dejado en París; la misa y mi mujer.»

De Senlis nos trasladamos á la cuna de Felipe Augusto, de otro modo Gonesse: al acercarnos á la aldea vimos dos personas que se adelantaban hácia nosotros, y eran el mariscal Macdonald y mi fiel amigo Hyde de Neuville, y que pagaron nuestro coche y nos preguntaron dónde estaba Mr. de Talleyrand. Ninguna dificultad tuvieron en decirme que le buscaban á fin de informar al rey que S. M. no debia pensar en volver á París antes de haber tomado á Fouché por ministro. La inquietud me acometió, pues á pesar de la manera con que Luis XVIII se habia pronunciado en Roye, yo no estaba muy tranquilo.—«Cómo, señor mariscal, le pregunté: ¿es cierto que no podemos volver sino con tan duras condiciones? A fe mia, señor vizconde, me respondió el mariscal, que no estoy bien convencido de ello.»

El rey se detuvo dos horas en Gonesse. Yo dejé á Mad. de Chateaubriand en medio del camino en su coche, y acudí á consejo al corregimiento. Allí fue puesta á deliberacion una medida de la que debia depender la suerte futura de la monarquía. La discusion se entabló, y yo sostuve, solo con Mr. Beugnot, que en ningun caso debia admitir Luis VXIII en sus consejos á Fouché. El rey escuchaba y yo veia que de buena gana hubiera cumplido la palabra de Roye, pero estaba dominado por *Monsieur* y apremiado por el duque de Wellington.

En un capítulo de la *Monarquía segun la Carta*, reasumí las razones que hice valer en Gonesse. Yo estaba animado, y la palabra hablada tiene un poder que se debilita en la palabra escrita:—«En todas partes donde hay abierta una tribuna, dije en este capítulo, nadie que pueda estar expuesto á cargos de cierta naturaleza debe ser colocado á la cabeza del gobierno, pues un discurso, una palabra obligaria á semejante ministro á presentar su dimision al salir de la cámara. Esta imposibilidad resultante del principio libre de los gobiernos representativos, fue la que no se conoció cuando todas las ilusiones se reunieron para elevar á un hombre famoso al ministerio, á pesar de la repugnancia demasiado fundada de la corona. La elevacion de este hombre debia producir una de estas dos cosas: ó á la abolicion de la Carta, ó la caida del ministerio á la apertura de las sesiones. Representémonos al ministro de quien quiero hablar escuchando en la cámara de Diputados la discusion sobre el 21 de enero, pudiendo ser apostrofado á cada instante por

el gran diputado de Lyon y siempre amenazado por el terrible ¡*Tu es ille vir*! Los hombres de esta especie no pueden ser empleados ostensiblemente sino con los mudos del serrallo de Ráyaceto ó con los mudos del cuerpo legislativo de Bonaparte. ¿Qué seria el ministro si un diputado, subiendo á la tribuna con un *Monitor* en la mano, leyese el dictámen de la Convencion de 9 de agosto de 1795? ¿Si pide la expulsion de Fouché como indigno en virtud de ese dictámen que le *echaba* (hablo textualmente) como un ladron y un terrorista, cuya conducta atroz y criminal comunicaba la deshonra y el oprobio á toda asamblea de la cual llegase á ser miembro?»

¡Hé aquí las cosas que se han olvidado!

Y despues de todo, ¿se habia tenido la desgracia de creer que un hombre de esta especie podia ser útil en ningun tiempo? ¿Era preciso dejarle detrás de la cortina, consultar su triste experiencia; pero hacer violencia á la corona y á la opinion, llamar á cara descubierta un ministro semejante, un hombre á quien Bonaparte en aquel momento mismo trataba de infame, no era declarar que se renunciaba á la libertad y á la virtud? ¿Una corona vale semejante sacrificio? Ya no habia facultad para alejar á nadie. ¿A quién podia excluirse despues de haber admitido á Fouché?

Los partidos obraban sin pensar en la forma del gobierno que habian adoptado: todo el mundo hablaba de constitucion, de libertad, de igualdad, de derecho de los pueblos, y nadie queria nada de esto. Liberales y realistas se inclinaban al gobierno absoluto mejorado por las costumbres: este es el temperamento de la Francia.

BATALLA DE WATERLOO.

Mi capricho relativo á una carta puesta en movimiento por la accion religiosa y moral, ha sido causa de la malquerencia que ciertos partidos me han profesado: para los realistas, yo amaba demasiado la libertad; para los revolucionarios, yo despreciaba demasiado los crímines. Si yo no me hubiese encontrado allí, con gran detrimento mio, para hacerme maestro de escuela de constitucionalismo, desde los primeros dias los ultra y los jacobinos se habrian metido la constitucion en el bolsillo de su frac á lo flor de lis, ó de su carmañola á lo Casio.

Mr. de Talleyrand no gustaba de Fouché: Mr. Fouché detestaba y, lo que es mas extraño, despreciaba á Mr. de Talleyrand. Este, que al principio se hubiera contentado con no ser unido á Fouché, conociendo que este era inevitable, secundó el proyecto, sin advertir que con la Carta, él, unido al metrallador de Lyon, no era mas posible que Fouché.

Pronto se verificó lo que yo habia anunciado: no se tuvo el derecho de la administracion del duque de Otranto, sino únicamente el oprobio: acercándose la sombra de las Cámaras, bastó para hacer desaparecer á ministros demasiado expuestos á la franqueza de la tribuna.

Mi oposicion fue inútil: segun costumbre de los caracteres débiles, el rey levantó la sesion sin determinar nada; el decreto debia darse en el castillo de Arnouville.

En esta última residencia no se celebró un consejo en regla, pues solo fueron reunidos los íntimos y afiliados en el secreto. Mr. de Talleyrand, que nos habia adelantado, se confabuló con sus amigos, y luego llegó el duque de Wellington, á quien vi pasar en una carreta, ondeando en el aire las plumas de su sombrero: venia á otorgar á la Francia Mr. Fouché y Mr. de Talleyrand, como el doble presente que

la victoria de Waterloo hacia á nuestra patria. Cuando se le representaba que el regicida duque de Otranto podia ser un inconveniente, respondia:—«¡Eso es una bagatela!» ¡Un irlandés protestante, un general inglés, extraño á nuestras costumbres y á nuestra historia, un ingenio que no veia en el año 1793 francés, mas que el antecedente inglés de 1649, estaba encargado de arreglar nuestros destinos! ¡La ambicion de Bonaparte nos habia reducido á esta miseria!

Entre tanto yo me paseaba solitario por los jardines desde donde el contralor general Machault á la edad de noventa y tres años habia ido á morir á *Madelonettes*; pues la muerte en su gran revista no se olvidaba de nadie.

Ya no era llamado para nada: las familiaridades del infortunio comun habian cesado entre el soberano y el súbdito, y el rey se preparaba á volver á su palacio y yo á mi retiro. El vacío vuelve á formarse enredador de los monarcas tan luego como reconquistan el poder, y rara vez he atravesado sin hacer reflexiones graves los salones silenciosos y deshabitados de las Tullerías que me conducian al gabinete del rey.

En Arnouville faltaba pan, y sin un oficial, llamado Dubourg, hubiéramos ayunado; este oficial salió al merodeo, y nos trajo medio carnero á la habitacion del corregidor, que se habia fugado. Si hubiera tenido armas la criada de este corregidor, nos habria recibido como Juana Hachette.

En seguida nos trasladamos á Saint-Denis: por las dos orillas de la calzada se extendian los vivaques ingleses y prusianos, y desde lejos se percibian las torres de la abadía. En sus cimientos echó Dagoberto sus joyas, y en sus subterráneos las razas sucesivas sepultaron á sus reyes y á sus grandes hombres: cuatro meses antes habíamos depositado allí los huesos de Luis XVI. Cuando volví de mi primer destierro en 1800, atravesé esa misma llanura de Saint-Denis, y aun no acampaban en ella sino soldados de Napoleon: todavía reemplazaban franceses á las antiguas bandas del condestable de Montmorency.

NAPOLEON SE EMBARCA PARA SANTA ELENA.

Un panadero nos alojó, y á las nueve de la noche fuí á hacer mi visita al rey, que estaba hospedado en los edificios de la abadía. Primero entré en la iglesia, iluminada únicamente por una lámpara, y me hinqué á orar á la entrada de la bóveda, donde habia visto descender á Luis XVI. Lleno de temor por el porvenir, no sé si jamás he tenido el corazon anegado en una tristeza mas profunda y mas religiosa. En seguida me dirigí á los aposentos de S. M., é introducido en una de las salas que precedian á la del rey, como no ví á nadie, me senté en un rincon, y esperé. De repente se abrió una puerta, y entró silenciosamente el vicio apoyado en el brazo del crímen: Mr. de Talleyrand sostenido por Mr. Fouché. La vision infernal pasó lentamente, penetró en el gabinete del rey, y desapareció. Fouché iba á jurar fe y homenaje á su señor: arrodillado el regicida, puso las manos que hicieron caer la cabeza de Luis XVI entre las del hermano del rey mártir, y el obispo apóstata prestó caucion del juramento.

Al dia siguiente todo el mundo hablaba del nombramiento de Fouché, asi la virtud como el vicio, el realista como el revolucionario, el extranjero como el francés, y de todas partes gritaban:—«Sin Fouché no hay seguridad para el rey; sin Fouché no hay salvacion para la Francia; él solo ha salvado ya la patria, y él solo puede terminar su obra.» La anciana duquesa de Duras era una de las nobles damas mas animadas en el himno, y el bailío de Crussol tambien hacia coro, declarando que si aun tenia su cabeza sobre los hombros, era porque lo habia permitido monsieur Fouché. Los cobardes habian tenido tanto